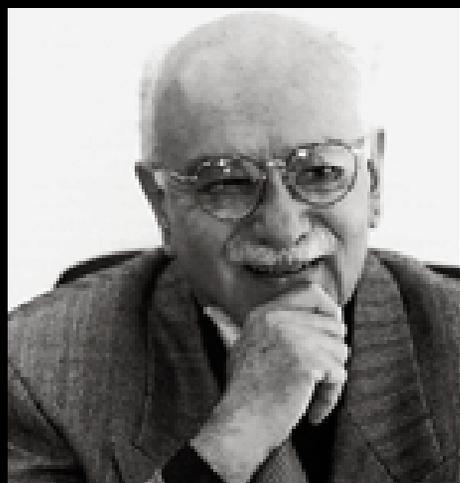


Homenaje a Octavio Rivero Serrano



Médico cirujano, maestro emblemático, director de la Facultad de Medicina, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México entre 1981 y 1985, a sus cincuenta años de vida académica, Octavio Rivero Serrano es una de las figuras señeras de nuestra máxima Casa de Estudios. Nacido en Puebla de los Ángeles en 1929 —año en que se conquista la Autonomía—, Rivero Serrano

ha mostrado no sólo las cualidades del médico como sanador, sino las del filósofo de la salud, rasgo consustancial a la vocación hipocrática. Sus dotes extraordinarias lo han llevado, también, a la práctica de la pintura y a la escritura: basta con revisar el texto “La provincia lejana”, publicado en febrero de 2008 en nuestra revista. En las páginas que siguen el Rector José Narro Robles, Enrique Graue, actual director de la Facultad de Medicina, y Paulina Rivero Weber, rinden un merecido homenaje al compañero, al amigo, al padre, en la plenitud de una vida

Elogio del médico humanista

José Narro Robles

Octavio Rivero Serrano es uno de los grandes médicos mexicanos de la segunda mitad del siglo XX. Su obra académica, sus aportaciones a la medicina, sus logros en las instituciones públicas que ha dirigido, al igual que su labor como educador dan sustento a ese argumento.

De hecho, se puede asegurar que él pertenece a una generación de sobresalientes. Entre sus maestros se encuentran muchos de los que gestaron nuestro actual sistema de salud. Entre sus compañeros destacan quienes lo hicieron funcionar y consolidaron. Entre sus discípulos sobresalen los que han tomado la estafeta y encabezan las transformaciones de la actualidad.

El doctor Rivero es un hombre completo y profesional. Su entrega a la medicina y su preocupación por la salud de nuestra población están registradas en los anales de la profesión. Cuando actuó como médico clínico, destacó por su preparación y compromiso con los pacientes. Cuando sirvió como cirujano, sus capacidades ayudaron a centenares de personas y a muchas de ellas las arrancó de una muerte anticipada.

Él ha sido un muy buen médico, un facultativo querido por sus enfermos.

Con todo ello, sus aportaciones a la práctica médica no sólo se registran en el plano individual.

De su preocupación por los servicios de salud dan cuenta, entre muchas otras, tres etapas de su vida. En primer término, su paso por el Hospital General de México, como Jefe de Servicio y acompañando al doctor

Clemente Robles como subdirector médico. En segundo lugar, como Secretario del Consejo de Salubridad General, desde donde contribuyó a mejorar la calidad de los servicios de salud y a iniciar algunas de las transformaciones de nuestras instituciones públicas en este campo. De igual forma, desde hace más de una década dirige el Seminario Universitario sobre Medicina y Salud que ha convocado a cerca de treinta distinguidos médicos a reflexionar y analizar los asuntos de actualidad de la medicina y a proponer las acciones que se deben emprender. Los numerosos artículos, libros y capítulos de libros que se han publicado como resultado del seminario quedan como muestra de sus contribuciones más recientes al pensamiento médico mexicano y universal.

Las aportaciones del doctor Octavio Rivero a la educación tienen también múltiples concreciones. En esta oportunidad deseo destacar tres de ellas: su contribución en la neumología, su papel como director de la Facultad de Medicina de la UNAM y la tarea realizada cuando fungió como Rector de nuestra Universidad Nacional entre 1981 y 1985. En su especialidad muchos son los que se formaron directamente bajo su tutela, pero más todavía los que se han beneficiado de sus textos, de sus conferencias, de sus enseñanzas en congresos y sesiones, de las lecciones recibidas con el ejemplo sistemático. También nosotros somos sus discípulos. La educación universitaria del país se benefició de la tarea que Octavio Rivero llevó a efecto en la Universidad Nacional



José Narro Robles, Rector de la UNAM, presidiendo el homenaje a Octavio Rivero Serrano por sus 50 años de vida académica

Autónoma de México durante ocho años. La primera mitad de ese lapso, cuando estuvo al frente de la dirección de la Facultad de Medicina, le permitió impulsar la docencia en la licenciatura y el posgrado, el desarrollo de la medicina familiar, disciplina naciente en lo académico y también de las especialidades bien consolidadas, así como dar un gran impulso a la educación continua y la investigación.

Su paso por la rectoría de la Universidad permitió encontrar en Octavio Rivero a un defensor indubitable de la educación superior pública y de sus instituciones, a un gran promotor de las actividades de extensión universitaria, a un innovador que planteó y organizó los primeros programas universitarios, entre ellos el de Investigación Clínica, el de Alimentos y el Justo Sierra. El apoyo a la difusión de la cultura es, sin duda, una más de las profundas marcas que registró la UNAM durante su rectorado.

Octavio Rivero no sólo se destaca en el ámbito médico, educacional o académico. Él es todo un personaje en muchos otros espacios de la vida. Así por ejemplo, hay que recordar su enorme sensibilidad por la cultura, por la música y la pintura en especial. Su gusto y conocimiento por la música lo han hecho un verdadero melómano que lo mismo destaca por su asistencia sistemática a los conciertos de la OFUNAM que por su pasión por el tango. Junto a

esto, en los últimos años ha encontrado otra forma de expresar sus sentimientos y percepciones. La pintura le ha brindado esta nueva posibilidad, en tanto que a sus amigos y conocidos nos ha permitido compartir esa sensibilidad y disfrutar de su lenguaje plástico.

De su vida personal quiero destacar algunos de sus rasgos positivos: su generosidad con sus amigos, el apego a sus convicciones y su don de gente, así como la provechosa formación de sus hijos que les ha permitido destacar en la medicina, la filosofía, las ciencias de la comunicación, la música y la restauración de obras de arte. Octavio Rivero, el embajador de México en Italia, es una persona con la que cuesta mucho trabajo reñir, pero con quien resulta prácticamente imposible distanciarse.

Al escribir estas notas introductorias para el libro de homenaje al doctor Octavio Rivero Serrano al cumplir ochenta años de vida honorable y fecunda, caigo en cuenta que hay dos hechos adicionales a los que me quiero referir. De una parte, que a él me ligan más de tres décadas de relación amistosa, universitaria y personal. El afecto que por él siento traduce en parte mi agradecimiento por su apoyo en mi desarrollo, por su sincera amistad y por algunas de las oportunidades que él me dispensó.

Por otro lado, al revisar esta presentación puedo constatar que al inicio de estos párrafos me quedé corto.

Su paso por la rectoría de la Universidad permitió encontrar en Octavio Rivero a un defensor indubitable de la educación superior pública y de sus instituciones.